



IV TRIMESTRE - 2025: Lecciones de Josué acerca de la fe.

LECCIÓN 5: DIOS PELEA POR USTEDES.

EL DIOS DE LAS CONQUISTAS Y EL PLAN ORIGINAL

Cuando se leen los relatos de la conquista de Canaán, como el de Josué 10:40-42 —“hirió, pues, Josué toda la región... sin dejar nada con vida, como Jehová, Dios de Israel, se lo había mandado”—, surgen reacciones diversas. Muchos han visto en estos textos un retrato de un Dios severo, incluso cruel, que aprueba la violencia. Esta idea ha sido usada por siglos como argumento para descartar la revelación bíblica, presentándola como el fruto de un nacionalismo primitivo. Sin embargo, esta interpretación omite un principio esencial: **toda la Escritura procede de un mismo Espíritu** (2 Pedro 1:21). No existen contradicciones entre el Dios del Antiguo Testamento y el revelado en Cristo. Negarlo sería despojar a la Biblia de su coherencia divina, dejando al intérprete como árbitro supremo del bien y del mal.

En realidad, los textos de la conquista deben leerse dentro del **plan progresivo de la revelación**, donde Dios, en su paciencia, obra incluso a través de circunstancias imperfectas. El libro de Génesis nos ofrece la clave. Cuando Dios promete la tierra a Abraham (Génesis 15:18), no está pensando en un territorio limitado, sino —como interpreta Pablo— en **“el mundo entero”** (Romanos 4:13). Aquella promesa tenía un horizonte mesiánico: la herencia universal que Cristo recibiría como el verdadero “Hijo del Hombre” (Hebreos 2:5-8).

La conquista de Canaán no era el plan original de Dios, sino una **concesión temporal** dentro de la historia de redención. Génesis 15:16 revela el principio que la guía: *“Aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo.”* Dios estaba obrando un proceso de juicio, dándoles **cuatro siglos de oportunidad** para arrepentirse. Durante ese tiempo, su Espíritu buscó frenar la degradación moral de aquellas naciones. Pero cuando la corrupción llegó a un punto irreversible, el Señor permitió que Israel ejecutara su juicio, no como una venganza étnica, sino como **un acto de justicia contenida**, orientado a preservar el propósito mesiánico.

Así, las guerras de Israel fueron parte de un **plan de contingencia**: Dios permitió males menores para impedir males mayores, mientras conducía la historia hacia su plan eterno. Lo que Israel conquistó en Canaán fue una **sombra anticipada** del dominio que Cristo recibirá sobre toda la tierra renovada.

En este contexto, los juicios divinos no niegan el amor de Dios, sino que lo revelan bajo otra luz: la de un Padre que, aun disciplinando, sigue obrando por la salvación del mundo. Como escribió el profeta Habacuc: *“Oh Jehová, en la ira acuérdate de la misericordia”* (Habacuc 3:2).

EL JUICIO PACIENTE DE DIOS SOBRE LAS NACIONES

Cuando Dios prometió a Abraham la tierra de Canaán, no le entregó inmediatamente el territorio. En Génesis 15:16 el Señor explicó la razón: *“Aún no ha llegado a su colmo la maldad del*



IV TRIMESTRE - 2025: Lecciones de Josué acerca de la fe.

LECCIÓN 5: DIOS PELEA POR USTEDES.

amorreo.” Esta frase revela un principio divino que atraviesa toda la Escritura: Dios no ejecuta juicio sin antes agotar la medida de su paciencia. Su propósito no era expulsar a los pueblos de Canaán precipitadamente, sino darles tiempo para volverse a Él.

Durante cuatro siglos, el Espíritu de Dios trabajó silenciosamente en medio de aquellas naciones, reprimiendo la maldad, despertando conciencia y ofreciendo oportunidades de arrepentimiento. Fue un proceso de juicio en suspensión, un juicio abierto en el que Dios “pasaba por alto” los pecados de los pueblos mientras su gracia seguía obrando (Romanos 3:25). Pero cuando la corrupción alcanzó su límite, cuando la violencia y la idolatría consumieron toda esperanza de restauración, entonces el Señor permitió que su juicio se manifestara.

El principio del juicio divino no se limita a Canaán. En Isaías 3, el profeta describe cómo Dios se levanta para juzgar a su propio pueblo: *“Jehová está en pie para litigar y está para juzgar a los pueblos”* (Isaías 3:13). Jerusalén y Judá, las ciudades escogidas, tampoco fueron exentas del proceso de justicia divina. Cuando su pecado colmó la medida, Dios utilizó a Asiria y Babilonia como instrumentos de corrección, tal como antes había usado a Israel contra los cananeos.

Este hecho demuestra que el juicio de Dios es universal e imparcial. Ninguna nación, ni siquiera aquella que lleva su nombre, puede considerarse intocable. Todos los pueblos están bajo el mismo principio: *“Decid al justo que le irá bien... Ay del impío, mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado”* (Isaías 3:10-11).

Los juicios que Dios permite en la historia son **locales y temporales**, pero apuntan a una realidad mayor: el juicio final de Cristo, en el cual “Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres” (Romanos 2:16). Las guerras y conquistas del Antiguo Testamento no fueron castigos arbitrarios, sino purificaciones momentáneas que buscaban permitir un nuevo comienzo, una sociedad donde la ley divina pudiera ser honrada.

Después de cada juicio, Dios siempre preserva un remanente. Isaías 4:2-3 lo expresa con esperanza: *“El renuevo de Jehová será para hermosura y gloria... y el que quedare en Sion será llamado santo.”* Así, cada acto de disciplina divina prepara el terreno para la restauración. Y aun cuando en esos juicios perecieron inocentes, el juicio final revelará la perfecta justicia y misericordia de Dios.

EL DIOS QUE JUZGA CON JUSTICIA

Cuando Abraham intercede por Sodoma, pronuncia una frase que se convierte en el paradigma de todos los juicios divinos en la historia: *“¿El juez de toda la tierra no ha de hacer lo que es justo?”* (Génesis 18:25). En esas palabras se encierra el principio que rige cada acción de Dios: ningún juicio ocurre sin que antes haya un proceso de gracia. Si una ciudad es arrancada de la tierra, no es sin que cada habitante haya recibido, de una u otra forma, la influencia del Espíritu



IV TRIMESTRE - 2025: Lecciones de Josué acerca de la fe.

LECCIÓN 5: DIOS PELEA POR USTEDES.

que llama al arrepentimiento. Solo cuando la obstinación humana resiste completamente la voz de Dios, la sentencia divina se ejecuta.

Así ocurrió con las naciones de Canaán. Durante siglos el Señor esperó pacientemente, pero la maldad llegó a su colmo. En sus cultos se mezclaban la idolatría y la crueldad: *“No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o hija por el fuego, ni quien practique adivinación... ni quien consulte a los muertos”* (Deuteronomio 18:10–11). Aquellas culturas habían transformado la violencia y la inmoralidad en actos religiosos. La sangre inocente corría como ofrenda, los cuerpos eran usados como instrumentos de culto, y la muerte era venerada como un dios. Frente a semejante degradación, Dios debía actuar: o dejar que la maldad se propagara sin límite o purificar la tierra para permitir que una nueva sociedad, regida por su ley, floreciera.

LA TIERRA QUE CLAMA

Levítico 18 revela una verdad poco considerada: *“La tierra fue contaminada... y la tierra vomitó a sus moradores.”* (vv. 25–28). El pecado no solo corrompe al ser humano, sino que contamina la creación misma. Desde el asesinato de Abel, cuya sangre clamó desde la tierra, hasta la idolatría de Israel que trajo el exilio babilónico, la Escritura enseña que la tierra pertenece a Dios y no tolera indefinidamente la iniquidad. Cuando una nación llena su medida de pecado, la tierra misma reclama justicia, y el Señor permite que el habitante sea expulsado.

Este principio nos recuerda que ningún territorio es “nuestro” en sentido absoluto. Cada rincón del mundo pertenece al Creador, y Él mantiene leyes morales que gobiernan incluso la naturaleza. El hombre puede construir reinos, levantar muros o sembrar poder, pero si su vida se separa del Dios que santifica la tierra, terminará siendo desarraigado de ella.

Aun así, los juicios de Dios no son el fin de la historia, sino una llamada al plan original. En Eliseo encontramos un anticipo del ideal divino: en vez de vengarse de sus enemigos, les preparó una mesa y los envió en paz (2 Reyes 6:21–23). E Isaías 11 anuncia la consumación de ese ideal: *“No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar.”*

Ese será el cumplimiento final. Cuando Cristo reciba el reino del Anciano de días y lo entregue a los santos, la tierra será restaurada a su propósito eterno: un mundo sin guerras, sin violencia y sin dolor, gobernado para siempre por la justicia del Cordero.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!